

EL LUGAR DE VALERA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Antonio Gallego Morell

Universidad de Granada

Ya es difícil hablar sobre don Juan Valera al final de un Congreso Internacional consagrado a su figura, más si el pretexto es la conmemoración centenaria de una obra como *Juanita la Larga*, tan significativa dentro de su producción, y, el colmo, después de tres días vividos por uds. de convivencia en estas tierras -o en estos pagos- de Cabra y de Doña Mencía en que tantas cosas se les habrán convertido en sugerencias. Porque Valera -¿qué duda cabe! -es escritor de muy primera fila pero por aquí, y por entonces, mirando, escuchando y estando con un espíritu vivo y despierto -y así lo tenía don Juan- yo creo que debió ser fácil ser escritor, paseando estas experiencias por el mundo y sus vivencias universales por estas tierras: cosas ambas que hizo -y de qué manera supo hacerlas- el autor de *Juanita la Larga*.

Pero vamos a intentar decir algo. Para ello, lo primero que he hecho ha sido volver a leer su novela. Y eso que la tentación era fundamentalmente otra. Porque desde que yo anduve con Valera en mi mesa de trabajo y como constante recurso en mis clases en la Facultad, no es que haya pasado mucho tiempo sino que se ha publicado mucho texto de molde, como decían los clásicos, y Valera es uno de nuestros grandes clásicos.

Recuerdo muchas tardes cuando Rodríguez Moñino y yo llegábamos los primeros a la tertulia del «Lyon», frente a Correos, en la madrileña calle de Alcalá, que a propósito de Montesinos la «enganchábamos» con Valera. Y el tema era el que figura como título de esta intervención mía: «El lugar de Valera en la Literatura Española»; pero el *lugar* no en orden de clasificación, sino como una orientación de sitio, de senda, de procedencia, de caracterización.

No sé por qué -acaso por deformación docente- me han preocupado mucho estas cosas. Ellas me hicieron comenzar a merodear en torno a los poetas discípulos de Garcilaso y de Góngora y, después, a darle vueltas a las obras de Ganivet y a su propia biografía. Me venía desconcertando el hecho de situar a Ganivet como un precedente del 98, cuando yo lo veía como el 98 mismo, y a integrarlo en ese grupo, más que generacional de talante, de preocupaciones, de ideología, de estilo, tendieron todos mis esfuerzos y creo que lo conseguí.

A través de paralelas inquietudes me acerqué a Valera y sorprendí de entrada que una sensibilidad tan rica como la de Manuel Azaña hubiese logrado páginas

geniales meditando sobre Ganivet y sobre Valera: dos escritores tan dispares. Pero acentuó mis preferencias por don Juan el intuir que muchos textos de Valera deslumbraron al primer Azorín y Azorín, desde mis días de estudiante, fue mi gran descubrimiento y sigo siendo azoriniano cuando -como hoy acontece- no se le reedita, no se le lee, apenas se le cita y permanece en el olvido. No es ese el caso de Valera, acaso uno de los escritores del siglo XIX que más se ha revalorizado. Una revalorización que yo diría «a la francesa», es decir, a través de sus riquísimos epistolarios. Como acontece con el Merimée de antes y después de la publicación de sus cartas. Aquí están estos días dos baluartes en esa labor: el profesor Cyrus De Coster y Matilde Galera, alma también de este Congreso.

Yo he valorado desde siempre a Valera. La prueba es que cuando me pedían, en cualquier sitio, una semblanza mía personal, no omitía nunca mencionar el premio «Juan Valera» que vine a recoger a Cabra en 1960, cuando estaba todavía viva la asociación «Amigos de Valera» que presidía el poeta local Juan Soca, a quien tras el acto de entrega del premio se le rindió homenaje en el antiguo barrio del Cerro, en acto que se cerró interpretando la banda municipal el pasodoble *Pepita Jiménez* del maestro Moral, el fundador del Centro Filarmónico, convertido durante muchos años en una especie de himno de Cabra cuando la banda municipal acompaña todos los acontecimientos locales: concierto en el parque, inauguración de una plaza o de un edificio, paseo de una procesión. Aquella novela de Valera brindaba inspiración musical: desde París Isaac Albéniz veía la España que añoraba en *Pepita Jiménez*.

Recuerdo el banquete que me ofreció entonces el Ayuntamiento en la Fuente del Río y camino de la Fuente atravesamos las huertas por las que paseaba Valera. El lugar lo había evocado don Juan en *El Comendador Mendoza*: «En mitad de un bosque de encinas y olivos que pone el término a las huertas, se alza un monte escarpado, formado de riscos y peñascos enormes, que parecen como suspendidos en el aire, amenazando derrumbarse a cada momento». Yo volví de aquella primera visita mía a Cabra con el artículo hecho: «Era -escribí entonces- como si al llegar a Cabra se empinase todo el siglo XIX y comenzaran a pasear por la calle de Juan Ulloa los personajes de las cartas de Valera. Alguien parece -yo como hoy venía de Granada y volvía a Granada- que nos va a entregar unos dineros de la Marquesa de la Paniega para que un estudiante del Sacro-Monte de Granada pudiese publicar un libro de versos», libro que yo ni entonces, ni después, ni hoy he conseguido ver y bien que he rebuscado por doquier.

El premio se me entregó por una serie de artículos sobre Valera: «Las poesías de Valera», «Valera y Alarcón se asoman al Vesubio», «Un teléfono en la literatura de Valera», «Valera en la Semana Santa de Villalegre», «Valera entre Granada y Nápoles». Fue poco antes cuando había leído, por vez primera, *Juanita la Larga*. Años atrás, yo había leído para mis oposiciones a cátedra sólo *Pepita Jiménez* y las cosas de crítica y muchas cartas de don Juan. Pero ahora al releer, al cabo de más de cuarenta años, otra vez la novela cuyo centenario conmemoramos he descubierto muchas cosas.

La primera es que me ha cautivado, que la he leído de un tirón que me ha interesado por argumento, caracterización de personajes, riqueza de vocabulario y riqueza de cosas, desenvoltura andaluza de situaciones y expresiones. He sentido la misma sensación que experimenté cuando, ya hace decenios, leí de un tirón *El Quijote* por segunda vez. Fue todo un descubrimiento y, a la par, un constante recuerdo que no te desanimaba en la aventura de leer, sino que te estimulaba. Y esas son las características esenciales de que en tales circunstancias lo que tenemos en las manos es un clásico de primera fila, es decir, a eso es a lo que denominamos un autor clásico: lo que le hubiese ilusionado a Valera que le denominasen noventa años después de muerto.

¿Es ése el lugar en el que hay que situar a Valera? ¿Entre los clásicos? Sí, pero no es suficiente y con sólo llegar a esa única conclusión no hemos resuelto nada. También con Unamuno llegaríamos a situarle en ese lugar, pero él, para ayudarnos en la tarea, inventó para nosotros el *comodín* de acuñar el vocablo *nivola* en lugar de *novela*. ¿También Valera es autor de alguna *nivola* y eso nos ayudaría a encasillarlo? Ya nos lo dice al inicio de su *Juanita*: «No sé si este libro es novela o no...» ¿Sería entonces *nivola*? Y acentúa esa *niebla* en la que coloca su obra creyendo que la establece en un tiempo indeciso, cuando decir en Andalucía que la fecha de su *Juanita* es antes de la filoxera es darnos una época y marcarnos una geografía tremendamente concreta. Lo de menos es inventar el lugar geográfico de Villalegre; también creyó Cervantes que iba a desconcertar al lector cuando inició su inmortal novela engañándonos con aquel arranque: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...».

Y nos llegó, por entonces, la lectura del libro de Montesinos; el saltar del cuento a la novela y de la novela al cuento y comenzar a crecer su ingente creación epistolar. Y con vocablo de Montesinos todo era *valeresco*: lo antiguo y lo más último. Porque ¿Fue Valera joven como Anatole France? ¿Fue Valera viejo como Goethe? ¿Cuál fue el realismo de Valera? ¿Dónde acababa o dónde empezaba -si es que empezó en algún lugar de su obra- su costumbrismo? ¿Debemos creerle cuando hace afirmaciones concretas que nos ayudarían en esta labor de puntualizar cuál es el lugar de Valera en nuestras letras?: «Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo había sido yo romántico, sino clásico a mi manera». Y eso que su afirmación debiera tener credibilidad porque no la hace en un texto de creación, sino en confidencia al Duque de Rivas en un tomo de estudios críticos, como cuando en el «Epistolario» le confiesa a don Marcelino: «Sí, amigo, usted y yo somos grecolatinos y clasicotes hasta los tuétanos». Y eso que muy de joven tuvo su sarampión romántico en Granada; era la ciudad entonces *ad hoc*.

Grecolatino sí, pero con su Leopardi a mano o con el verso de Virgilio que acertó a recrear Garcilaso -¡Pues no soy tan feo!- y con los más finos acordes del Romance-ro: el recuerdo del de *La Misa de Amor*. ¿Era como se quería en el siglo XIX alusión a la entrada en el templo de la hija de Jaime I; versiones castellanas o catalanas de la mano de Wolf a la antología de Pidal:

•Allá va mi señora,
entre todas la mejor;
viste saya sobre saya,
mantellín de tomasol.

.....

Monacillos que le ayudan,
no aciertan responder, non,
por decir amén, amén,
decían amor, amor?

Y luego Valera dice que todo está inventado. Es la fiesta patronal de Santo Domingo, un Santo Domingo de Montañés en el templo de Villalegre, más real que si estuviese en el Madoz o en los mapas de Coello. La hija de Juana la Larga, Juanita, entraba en el templo «con su lindo vestido de seda chinesca, su mantilla de madroños, su alta peineta de concha y un montón de claveles junto a la peineta... Juanita mostraba toda la gallardía y esbeltez de su talle...» y, como en el romance, apuntado al oído de un concejal por el maestro de Villalegre:

•En vez de decir amén,
decían amor, amor.

Pero dándole abolengo preciso: en la ermita de San Simón, al entrar en el templo una niña sevillana. Santo Domingo, San Simón, Sevilla, Villalegre: don Juan Valera es literatura en vivo. Grecolatino, sí, pero conociendo la literatura medieval y muchos libros de devoción y, naturalmente, al Garcilaso del soneto X, el de las dulces prendas por mi mal halladas; entre coplas y refranes... como en *El Quijote*. Y con la cocina conveniente también como en la novela de Cervantes...

Juanita la Larga es la gran novela de la cocina andaluza en línea con *La Lozana*. Por eso fue el interés del Moñino de aquellos años -no por gastronomía sino por *La Lozana*- y del Alberti de muchos años después. Cómo recuerdo conversaciones con Rafael en su piso de Vía Garibaldi en Roma hablando de *La Lozana* y cómo asomó a la conversación Valera y así siempre que se traía a las manos y a la palabra a los clásicos. Y eso que a *La Lozana* no asoma una villa cordobesa, sino toda la «Roma papal, libertina y alegre, con sus cortesanas innumerables, los cardenales antojadizos, las tías fingidas, los camareros correveidiles, los guapos amantes y los amigos fisgones». ¿Qué pretendió Valera? Ensayar todo y en todo y para todo. Por eso acertó, por eso está vigente cuando tantos otros clásicos y modernos se han hundido en el olvido. Pareciera que a un provinciano le estimularan para escribir sus vivencias deslumbrantes en Lisboa, Bruselas, Washington, Viena..., y no fue así. Como al Ganivet de Amberes y de Helsingfors -no tuvo casi tiempo en Riga-, lo que le estimulaba no era lo que tenía alrededor, sino sus recuerdos vitales de Granada; a Valera, de Cabra y de Doña Mencía.

Montesinos habla de proceso balzaciano que -afirma- acaso él mismo ignorase. La cita de Balzac nos sugiere la extraordinaria fortuna que el escritor de Tours ha tenido en el cine. En cambio, Valera apenas ha sido llevado ni a la grande ni a la pequeña pantalla y cuando se ha realizado alguna experiencia -con *Pépita Jiménez*, por ejemplo- se ha llevado a cabo sin fortuna. Y la novela de Valera -muy especialmente

Juanita la Larga podría lograr fortuna con realizaciones acertadas. Su novela más que descriptiva a la manera de su época se adentra en los personajes que tienen hondura psicológica y se prestan al gran recurso cinematográfico del monólogo en «off», del monólogo interior, tan adecuado para visualizar el recurso del empleo del género epistolar en la novela, como acontece en la creación valeriana. Anotemos cómo por ahí nos deslizamos en otros aspectos de la actualidad de este novelista tan de hoy y con su escritura tan clavada en el pasado, como acontece con muchos de los temas y de los ritmos del teatro y de la lírica de Lorca. Incluso el epílogo final de *Juanita* es toda una secuencia cinematográfica cuando se nos hace balance de cuál ha sido el destino ulterior de los personajes, equilibrando la obra literaria, así, con lo escrito en los dos primeros capítulos en que «sin el menor artificio -escribe Valera- he presentado ya a mis lectores a varios de los personajes principales que han de figurar en la presente historia», si bien a continuación, en ese tercer capítulo, nos da noticias más precisas de don Paco, *el viejo*, y de Juana, la madre de *la niña*. El tema parecería, dentro del esquema universal - y tan español- de la situación amorosa entre el viejo y la niña, muy apto para el teatro, pero en éste no se imponen los sobresaltos que asoman a la comedia de Leandro Fernández de Moratín y que están suavizados, muy engrasados, en la novela de Valera, en la que no falta la tentación a ingresar en convento, pero de montaje muy distinto y sólo como hipótesis manejada desde fuera de los auténticos protagonistas.

Con gran agudeza Montesinos señala que *Juanita la Larga* no es imitación del Renacimiento, sino que «parece cosa del Renacimiento». Y esto cuando todas las creaciones andaluzas, posteriores al siglo XVI, en literatura, en arquitectura, en las otras artes incluidas desde la música al arte del mueble, el traje o las artes culinarias, son imitaciones renacentistas. La gran formación cultural de Valera, su equipaje literario, tan vasto y siempre a punto, le hacen vivir el Renacimiento como si se estuviese cociendo en su tiempo vital. Son esas pequeñas Florencias que alientan por la Andalucía de todos los tiempos y estaban tan vivas en el XIX que encendieron las mejores brasas del Romanticismo en esos mismos campos culturales que hemos resaltado; y muy resaltadas esas Andalucías que van desde los giraldivos del Moguer de Juan Ramón a las choperas del Fuentevaqueros de Lorca: Cabra es el centro geográfico de Andalucía, incluso geoméricamente.

¿El lugar de Valera? No encaja en los manuales en el capítulo de la novela de costumbres; menos con el naturalismo español, y, pese a su cultivo de Andalucía como gran escenario para sus obras, tampoco podemos insertarlo dentro de la novela regional. El caso es que algo los agrupa a Valera y a Alarcón, aunque Montesinos mantenga que el escritor egabrense ocupe una posición única en las letras españolas del XIX y, en cambio, insinúa situar a Alarcón en un postromanticismo. Valera es la *ficción libre* y, como hemos dicho, Montesinos acuña el término de *valeresco*. El caso es que lo que más individualiza a Valera es su amplia cultura: grecolatina, renacentista en su doble vertiente italiana y española que conoció y trató tan de cerca; conocedor del siglo XVIII, buceando en la honda tradición popular y culta de nuestras letras y nuestras artes, curioso de cuanto venga de fuera

o aliente de fronteras para allá, curioso del mundo americano y oriental... Pero sin dejarse llevar por corriente alguna, atrincherado en cuantas abadías sacromontanas se iba creando a su alrededor en la juventud que convirtió en madurez y en la vejez que se empeñó en rejuvenecer.

Yo intuí en acercarse a Valera y a Alarcón, pero escalando ambos por su cuenta uno de los Vesubios que también se encargaban de que entraran en erupción en sus respectivas obras. Coinciden, hay que reconocer, en algunas cosas con las que se desmarcan de sus contemporáneos: un ambiente barroco de reiteradas situaciones del viejo y la niña, una literatura viajera, unas incursiones sin éxito por los mundos de la creación poética y del teatro.

Ambos se empeñan en ilustrarnos acerca de las génesis de sus libros de creación y andan constantemente planeando nuevos esquemas de futuros libros; en esto coinciden con un Ganivet que al quitarse la vida no tuvo posibilidad de afrontar la redacción de los mismos. Y es curioso que Valera en ese epílogo de su *Juanita* -al que ya me he referido-, en el que esboza el futuro póstumo a la novela de sus personajes, delinea con el perfil del destino de cada uno de ellos el posible esquema de un nuevo cuento o de una nueva novela. Es el dato más expresivo de la constante vocación literaria del autor; de ahí la viveza, el colorido y el interés de cada una de las innumerables cartas de su *Correspondencia*: por ellas aletean miles de insinuaciones y de tentaciones de nuevas aventuras literarias. *Ficción libre*, sí: escapándose de cada renglón de lo que escribe. Fecundidad de Lope; pero ¿Y la fecundidad de Valera que, además, hacía una gran vida social y se interesaba por todo, y el seguir el curso de las cosas también le llevaba su tiempo, tiempo que a su vez consumía cuando no sólo se interesaba por todo desde las capitales del mundo en las que le tocó vivir, sino cuando lo hacía desde Cabra o desde Doña Mencía y con ocupación de tiempo cuando se distraía, desde cualquier sitio del mundo, con el Doña Mencía y con el Cabra que llevaba dentro, y, permitidme una adición de mi tierra, con el Sacro-monte de su juventud?